

Maria Messina

LA CASA DEL CALLEJÓN

Traducción de Ángeles de los Santos

PERIFÉRICA



LA CASA DEL CALLEJÓN

LARGO RECORRIDO, 223

Maria Messina
LA CASA DEL CALLEJÓN

TRADUCCIÓN DE ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

Nicolina cosía en el balcón, apresurándose a dar las últimas puntadas a la mortecina luz del crepúsculo. La vista que ofrecía el alto balcón quedaba encerrada, casi sofocada, entre el callejón, que a aquella hora parecía profundo y lúgubre como un pozo vacío, y la gran extensión de tejados rojizos y cubiertos de musgo sobre los que descansaba un cielo anubarrado y desvaído. Nicolina cosía deprisa, sin levantar los ojos: sentía, como si la respirase con el aire, la monotonía de aquel limitado paisaje. Volvió a pensar sin querer en la casa de Sant'Agata. Recordó el balconcito de hierro oxidado, que daba a los campos, ante un cielo libre que parecía mezclar sus nubes con el mar, muy lejano.

Para Nicolina, aquélla era la hora más tranquila, aunque también la más melancólica, del día. Todas las tareas estaban terminadas. En la casa, como en el aire, como en el alma, se hacía una pausa, un triste silencio. En aquellos momentos parecía que los pensamientos, los pesares, las esperanzas, se vieran envueltos en la misma luz incierta que blanqueaba el cielo. Y nadie interrumpía sus vagos, incompletos soliloquios.

Antonietta estaba en el dormitorio, junto a la cama de Alessio, que desde hacía seis días tenía fiebre. Su cuñado, como de costumbre, permanecía sentado a la mesa, que

Nicolina ya había recogido. En la penumbrosa habitación se entreveía, como un puntito rojo, la lumbre de la larga pipa. Tras la cena, y cenaban mientras aún era de día para no acostarse con el estómago lleno, él fumaba una hora exacta —el péndulo oscilaba en medio de la pared—, con los ojos cerrados, plácidamente.

Caía la noche y con ella se desvanecían las últimas luces del día. Nicolina, dejando la labor en la canastilla, se levantó algo desganada. Tenía que preparar el vaso de agua que su cuñado tomaba a pequeños sorbos, dos horas después de la cena. Antonietta, que sólo pensaba en el niño enfermo, no se había ocupado de eso.

Exprimió poco menos de medio limón en el agua, procurando que con el zumo no cayera también alguna pepita; añadió un poco de vino, lo suficiente para teñir el agua; disolvió una cucharadita rasa de azúcar, mezcló, removió, dejó reposar. Luego miró el vaso a contraluz para asegurarse de que la bebida estuviera perfectamente cristalina, como sabía prepararla Antonietta. Y finalmente llevó el vaso, sobre un plato, con cuidado.

Regresó al balcón. Pero su cuñado la llamó enseguida.

—¿Quieres ponerte mala tú también? Hace mucha humedad fuera.

Nicolina habría querido explicarle que el aire le parecía sorprendentemente cálido. Sin embargo, entró de nuevo sin replicar.

—Cierra.

Suspirando, entrecerró el balcón.

—Cierra bien.

Nicolina echó incluso los postigos, sin hacer ruido. Se acordaba de su padre, que no quería que cerraran las ventanas y que decía: «El viajero cansado que entra de noche en el pueblo se anima si ve un poco de luz en las casas...».

Se sentó a la mesa y retomó la labor, cuidándose de no molestar a su cuñado con la mano al sacar la aguja. Carmelina, que había acercado sus juguetes a su tía, empezó a acunar una muñeca hecha con dos harapos y un trocito de cordel, tarareando: «Duerme... Duerme». Pero se detuvo enseguida y calló mientras miraba, un poco asustada, a su padre.

Entonces llegó Antonietta, pálida y preocupada, y se sentó también.

—Has hecho bien —le dijo al oído a su hermana— al pensar en la limonada.

—Tú no venías...

—Estabas tú, así que estaba tranquila.

Acariciando a la niña, añadió en voz baja:

—Ya es hora de acostarse, ¿no te parece? Tengo que volver.

—Termino la costura y voy enseguida.

Quedaron en silencio. Por lo general, siempre que don Lúcio estaba en casa, guardaban silencio mientras trabajaban para no molestarlo.

Antonietta, que mostraba una penosa inquietud en toda su persona, rompió dos veces el denso silencio con dos profundos suspiros. En ambas ocasiones Nicolina levantó los ojos de la labor y la miró con semblante angustiado.

Don Lúcio saboreaba su pipa con una satisfacción casi voluptuosa. Con los ojos entrecerrados, seguía cada pequeño movimiento de las dos hermanas. La una y la otra tenían en la expresión, en la manera de moverse, de mirar, el mismo azoramiento, la misma torpeza que nacían del continuo y oscuro temor a contrariarlo. El hombre sentía un deleite siempre nuevo cada vez que advertía lo profunda que era la sumisión que inspiraba a las dos mujeres, en especial a Nicolina, quien, al principio, había demostrado una vitalidad casi impetuosa y desagradable.

Nicolina se levantó, y Carmelina la siguió tras haber besado a toda prisa la mano, dura y fría, que el padre le tenía cada noche sin dejar de fumar.

—Tráeme mis papeles y las gafas.

Antonietta llevó a la mesa la abultada carpeta de documentos, el plumier y el tintero, dispuestos en perfecto orden sobre una pequeña estantería junto al balcón. Don Lúcio observaba complacido a su mujer, que fue y volvió dos veces. Admirando los suaves movimientos de las fuertes y rotundas caderas de su esposa, se sentía contento consigo mismo, del mismo modo que se sentía contento cada vez que se detenía a contemplar los costosos muebles con los que había decorado la casa.

Nicolina regresó y dijo:

—He ido a ver a Alessio. Se queja en sueños.

Antonietta miró suplicante a su marido. Fue al dormitorio y regresó de inmediato, caminando de puntillas.

—¡Lúcio! —lo llamó tímidamente, desde la puerta, con la voz atenazada por las lágrimas—. ¡Me parece que está peor!

Él fingió enojarse:

—¡Mira que te gusta fastidiarme! —gritó—. ¡Amargarme los pocos minutos de descanso que tengo después de un día de trabajo!

Antonietta, humillada y dolida, fue de nuevo al dormitorio. Él nunca la creía cuando le hablaba de sus temores.

—La culpa es mía —le confesó a su hermana—. Me falta tacto para decir las cosas...

—¿Quieres que hable yo con él?

—No, es inútil. Esta noche está enfadado. Vete, Nicolina, que parece que estamos tramando algo aquí entre las dos. No es justo.

No obstante, aquella noche, el humor de don Lúcio estaba predispuesto a la paz. Había comido con ganas, digería

sin esfuerzo, estaba saciado. Sólo le molestaba un poco oír llorar a su mujer, allí dentro...

Por fin se levantó y se dirigió a la habitación mientras Nicolina, que había reanudado su labor, palidecía, temerosa.

En la penumbra, su esposa, sentada en doloroso abandono de toda su persona junto a la cama de su hijo, resultaba casi bella. Don Lùcio deseó abrazarla. Ya le parecía sentir entre sus enjutos brazos el cuerpo, cálido y suave, de su mujer entregándose dócilmente a su abrazo.

En aquel momento ella no pensaba en absoluto en ser dócil. Toda su alma estaba pendiente de su hijo enfermo.

Don Lùcio miró la cama pequeña con una especie de repugnancia. Aquel niño, desde que nació, no había causado más que molestias y preocupaciones a las mujeres.

—¡Qué tontuela! —exclamó con un tono de insólita benevolencia—. ¿Te parece que tu hijo se vaya a morir?

Antonietta se sobresaltó al oír la voz de su marido. Pero, después de verlo sonreír, se atrevió a explicarle:

—No quiere ni agua... Además..., está ardiendo...

—¡Se ve que no tienes experiencia! —replicó don Lùcio sin mirar al pequeño enfermo—. Si estuviera aquí tu madre, te diría que eres una tonta. Los niños son como los días de primavera...

Antonietta se tranquilizó un poco. La sola presencia de su marido, aunque la intimidaba mucho, bastaba para que todas sus aprensiones se le antojaran pequeñas e infundadas.

Sin embargo, el alivio duró lo que duró la presencia de don Lùcio. Al quedarse otra vez sola en aquella habitación en penumbra, fue de nuevo presa de sus miedos. El niño parecía adormilado; la fina carita, blanca como la cera, la espantaba. Lo contemplaba dolorosamente, como si esperara transmitirle vitalidad con la mirada.

—Alessio, vida mía... Alessiuccio... —le susurró para verlo abrir los ojos de nuevo. Pero entonces pensó que el descanso podría hacerle bien y volvió a observarlo en silencio. Poniendo el alma en aquella mirada fija y asustada, se olvidaba de su marido, de su hija, de lo tarde que era. Si la casa se hubiera derrumbado a su alrededor, ella habría seguido inmóvil, mirando a su hijito enfermo. Nadie se preocupaba por el pequeño, que parecía adormilado pero que no descansaba y sufría. El niño, que podía apagarse así, en medio de aquel gran silencio mientras su marido continuaba llenando de números las hojas de papel con pulcras líneas rojas y azules... ¿Qué habría hecho, qué habría dicho, si lo hubiera llamado gritando: «¡Lùcio! Alessiuccio ha muerto...»?

¿Su marido quería de verdad a Alessio? Desde luego, debía de quererlo, porque era el primer hijo, el varón... Desde luego... Con todo, bastaba la sombra de la duda, que le cruzaba por la mente como el vuelo de un murciélago en la noche, para redoblar su amor de madre.

En realidad, desde que había nacido, Alessio no daba más que preocupaciones. Delicado, pálido, sosegado, parecía que caminara sobre la tierra vigilado por la muerte...

¿Quién había pronunciado aquellas sombrías palabras, que justo ahora, cuando estaba tan enfermo, le resonaban en los oídos? Sin duda las habían dicho por su Alessiuccio... Ella le había dado la vida más de una vez, con idéntico dolor. «¡Dios mío! ¡Dios mío! —gimió—, ¿conseguiré que pronto recupere las fuerzas y sea tan alegre y bullicioso como los demás niños?»

Su marido regresó con una vela en la mano.

—¿Todavía no te has acostado? —exclamó.

—Ya voy —respondió ella. De pronto le rogó: Que no le dé la luz en los ojos...

Antonietta se desvestió y se acostó, por obediencia. Pero procuró no dormirse. A medianoche se levantó de la cama para darle de beber a Alessio y otras dos veces para ponerle el termómetro.

—¡Madre! —se lamentaba el enfermo al verla—. ¿Todavía no es de día?

Ella se levantaba con cuidado y caminaba descalza para no despertar a su marido. Aun así, Don Lùcio no concilió el sueño y por la mañana dijo:

—Hasta que se ponga bien —y señaló con la mano hacia la cama—, yo dormiré en otra habitación. No puedo perder las noches así.

Antonietta bajó la mirada, afligida. Su marido tenía razón. Un hombre que tiene que trabajar con la cabeza necesita consideración y no puede sacrificar el sueño como si fuera una mujer.

Sin embargo, Antonietta no pudo contener las lágrimas cuando don Lùcio salió del dormitorio para tomarse el café. Sintió un frío tremendo, casi como si se hubiera quedado sola y abandonada para siempre en aquella habitación penumbrosa, con el aire saturado del triste hedor de la fiebre.

Nicolina la llamaba. Dejó la cama del enfermo, sobre todo para no molestar a su marido haciéndose esperar.

La joven se había levantado muy temprano y, una vez preparado el café, había barrido y ordenado el amplio salón, que, quizá porque tenía las cortinas oscuras y porque daba al callejón, no recibía luz hasta tarde. La ropa de su cuñado, ya toda cepillada y doblada, estaba preparada sobre el diván, y los zapatos, bien abrillantados, estaban colocados sobre el escabel para que el hombre no tuviera que agacharse a cogerlos. De la cocina llegaba un intenso y agradable aroma a café recién hecho.